

PREGÓN PARA LA SEMANA SANTA DE 2007

F. Javier Borobia y Vegas

Dice don Sebastián de Covarrubias en su “Tesoro de la lengua castellana o española”, primer diccionario de nuestro idioma, que pregón es “la promulgación de alguna cosa que conviene se publique y venga a noticia de todos”. Aquí y ahora, la noticia ya es conocida de todos: llegan los días de Semana Santa y a este pregonero le cabe la honra de poner voz para convocar y reflexión para evocar, buscando más la cercanía que la solemnidad, a ese tiempo que contiene la clave de todo el devenir del calendario cristiano.

Comienza la Semana Santa en las postrimerías de la cuaresma que llega hasta el Jueves Santo, en el que se inicia el Triduo Pascual culminado por el Domingo de Resurrección. Este es el domingo entre todos los domingos, que da razón y esencia a todo el ciclo litúrgico, siendo el alfa y el omega de nuestra fe cristiana. Es la victoria de Cristo sobre la muerte. Dios se ha hecho hombre para traer y ser la palabra y morir por los hombres. “Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos”. Pero también, y aquí está el fundamento, para resucitar en ese amor. En la noche de la Vigilia Pascual se enciende el fuego nuevo, símbolo de la Nueva Ley. Cristo afirma: “yo soy la luz del mundo”. Y esa luz, simbólicamente, nace de la llama que arde en el cirio pascual. Cirio de cera, labor de abejas, que en la tradición precristiana representaba el Logos, el conocimiento; siendo la llama, emblema de la presencia invisible de la divinidad que daba el saber, purificaba, vivificaba y protegía.

Se que hemos empezado por el final, pero sin este final no tendría fundamento el principio. Esas vísperas de la Resurrección que es, digámoslo así, la otra parte de la Semana Santa. Días de Pasión y muerte, de reflexión en el misterio, quizás de penitencia, a la espera de la Vida, pero desde la propia vida. Hay un mundo de espiritualidad, dentro de nuestra fe, que tiene su norte en estos días. Pero la religión es creencia, es comportamiento moral y es rito. Creencia, comportamiento moral y rito son elementos, que lejos de excluirse, deben integrarse armónicamente en la esfera de la religiosidad.

El tiempo de la Semana Santa es uno de los momentos más proclives, dentro del calendario litúrgico, para que se realce uno de estos tres elementos: el del rito, el de la ceremonia; y este, dentro de ese ámbito de sensibilidad en la fe al que denominamos piedad o religiosidad popular. Manifestaciones comunitarias y antiguas en su origen, que mantienen formas pretéritas y, para algún autor, quizás fosilizadas de la vivencia del hecho religioso en su dimensión ritual. Me estoy refiriendo, seguro que ya lo habéis adivinado, a las cofradías y a los desfiles profesionales. Permitidme que, a vuela pluma, aventemos la historia de sus orígenes, que son los nuestros.

Dentro del complejo y rico mundo de las cofradías, es a mediados del siglo XVI, cuando van a empezar a proliferar las llamadas de penitencia, que son las propias de Semana Santa. Siglo XVI, la cristiandad está dividida.

Dentro de las necesarias reformas que están promoviendo teólogos y rectores de la iglesia, Erasmo y Cisneros no son ajenos, un fraile agustino va demasiado lejos; reta a Roma y con el aderezo de la política y los intereses de la época, se rompe la cristiandad con el enbate de un movimiento que lleva el nombre del agustino: el luteranismo. Reforma y Contrarreforma, dos maneras, entonces enfrentadas, de entender el mensaje de Cristo. Y la iglesia responde. Se reúne en concilio en Trento y marca el rumbo a seguir. Por cierto, que en esta reunión de la Iglesia, destacan varios teólogos y prelados de nuestra tierra, como el obispo de Salamanca, don Pedro González de Mendoza, fundador, aquí, del convento de los Remedios.

En Trento se consolida la esencia de la Contrarreforma, pero ya antes y después van a ir surgiendo disposiciones de carácter eclesial que buscan la vivencia de la fe a través de prácticas comunitarias. Así se promueve la realización de procesiones y la fundación de cofradías penitenciales, como las de la Vera Cruz, que se erigen en muchos de nuestros pueblos. Se trata de revivir los misterios de la Pasión y muerte de Cristo a través de un programa catequético en el que ocupan un lugar fundamental los pasos o imágenes que evocan aquellos pasajes evangélicos. Los hermanos procesionarán por las calles en la noche del Jueves Santo, bien disciplinándose con azotes: cofrades de sangre; bien portando hachas o cirios: cofrades de luz. En cualquier caso, cubiertos y anónimos ya que el Papa Clemente VI había prohibido, en el siglo XIV, disciplinarse en público con la cara descubierta. Se busca evocar, pero también y fundamentalmente, conmovir a través de aquella memoria.

Desde un punto de vista formal, las cofradías que se van creando encargan imágenes para procesionar de las denominadas de bulto, bien talladas totalmente o de las llamadas de vestir. Nuestro paisano el historiador Pedro José Pradillo, ha documentado los imagineros que trabajan en esta época para las hermandades de Guadalajara y su tierra, siendo entonces la Ciudad un interesante centro de producción artística para este movimiento al que hacemos referencia. Los encargos que más se repiten son los del Cristo Crucificado y la Quinta Angustia (hoy denominado grupo de la Piedad), seguidos de los pasos de la Virgen de la Soledad, Dolorosa, Cristo con la cruz a cuestas, Cristo atado a la columna, Ecce-Homo y el Descendimiento de la Cruz. En esta Guadalajara mendocina de artistas y artesanos, se va a fundar, en 1574, la Cofradía de la Virgen de la Soledad, la más antigua de las actualmente existentes. Cabe añadir, como dato curioso, que esta advocación de la Soledad fue introducida en España por la reina Isabel de Valois, que se casa, precisamente en Guadalajara, con Felipe II.

Francisco Torres y Núñez de Castro, historiadores de la Ciudad del siglo XVII, nos han dejado en sus crónicas noticia de las ermitas del Rosario y de la Soledad, aquella situada en la cuesta del puente y esta a la entrada de lo que actualmente es el paseo de Iparraguirre. En la del Rosario se guardaban los pasos que procesionaban el Jueves Santo acompañados de los religiosos de San Francisco y una cofradía fundada al efecto; y en la de la Soledad los que lo hacían el Viernes, acompañados del Cabildo de Abades y "de una gran cofradía de gente de la ciudad".

El paso del tiempo trae vientos de mudanza, que en ocasiones, tristes ocasiones, se torna en vendaval de destrucción y venganza. Así toda aquella imaginería y parte de la memoria que la sustentaba fue tragada por los remolinos de la Historia. Las actuales cofradías con excepción, queda dicho, de la Soledad y en parte de los Dolores, surgen a partir de los años 40 del pasado siglo, pero con las esencias y las formas, cambiando lo cambiante, de la época a la que hacíamos referencia. Y aquí seguimos.

Volvamos pues al planteamiento inicial: ¿Por qué un ritual tan pretérito en sus formas nos sigue convocando en la era de la tecnología y la globalización?. Creo, sinceramente, que hay muchas respuestas a esta pregunta, quizás tantas como cofrades. Esbozo la mía sobre el papel.

El individuo, la persona, en lo más profundo de su ser sigue siendo un proyecto de soledad. En sus ideas, en sus creencias, hay un último momento irrenunciable que solo a él corresponde. Cada uno labra su historia, su biografía vital, en la bendita libertad de cada una de sus decisiones. Pero el individuo, la persona, necesita del otro, necesita de los demás, aunque sea para ver reflejada su propia e irrenunciable soledad. Pero también para intentar encontrarse en la búsqueda de la dimensión trascendente de la persona. La cultura de las creencias y sus formas, es aquí un lenguaje para expresar el deseo de Dios, la sed de Dios. Y aquí esa cultura, a través de las tradiciones de la Semana Santa, es la de un pueblo transmitida de padres a hijos, en la que los ámbitos de la ciudad, la parroquia y la familia son entornos cálidos y cercanos para realizar esa vivencia. La cofradía con todas sus imperfecciones, es, o debe de ser, un cauce para vivir la fe colectivamente con unas señas de identidad y en un entorno, que no debe de ser excluyente, sino aglutinante. En ella nos reconocemos como parte de un todo, en el que a su vez son y serán, los que nos precedieron y los que vengan después.

Tradición si, pero también renovación, como dos caras de una misma moneda en un diálogo constante para que el ritual no quede vacío de contenido. Pensemos en cada momento lo que estamos haciendo, para ser auténticos en nuestros actos, en nuestras expresiones.

Pero estamos en Santa María de la Fuente la Mayor y no me resisto a invitaros a un viaje imaginario desde lo alto de su hermosa torre. Subamos. Mirad la ciudad. Contemplad Guadalajara; esta vieja-nueva ciudad nuestra que se nos posa y escapa de las manos en su vuelo cotidiano de paloma. La imaginación tiene el privilegio de eliminar lo que estorba y agrandar lo que interesa. Parece que todavía los trigales en flor, que serán carros de mies por el Amparo, besan las últimas casas del viejo caserío, mientras que en las bodegas fermenta el fruto de sus viñedos. Pan de hermandad y vino de cordialidad, en la cercanía, para la Cena del Señor. Ocejón enseñoorea la Campiña en algarada serrana y por la Carrera en, Domingo de estreno, la Borriquilla camina hacia San Francisco, entre un bosque de exóticas palmas y de ramos de olivo, traídos de los Mandanbriles. Es Martes Santo y los jóvenes marchan con la Cruz, puente de las Infantas arriba, camino del Salvador en su sencillez desnuda, que ya está naciendo. Miércoles por Santa Clara, incienso, color y olor meridional, palio de Esperanza guapa, quietud de

Cristo en su columna. Jueves, la ciudad espera sin hora, sol tibio del medio día, solemne trajín en la escenografía del monumento efímero para guardar lo eterno. Luego rumor de capas de Apóstoles calle mayor arriba; los templos más abiertos que nunca, más plenos que nunca, Dios está aquí y se nota hasta en los átomos del aire. Nazarenos con el Nazareno en el Jardinillo, silencio quedo, candelas en el crepúsculo para una noche larga. Son las once en punto y Jueves Santo por Santiago; mecen los tambores al Cristo del Cementerio, dolor de Piedad que entre mujeres espera; nuestro Padre Jesús con la cruz a cuestas nos lleva, más que nosotros le llevamos, levitando hacia el Calvario. Pasión por las calles de Guadalajara. Viernes, medio día, San Ginés es Gólgota de capirotos, Amor y Paz para la muerte. Silencio en los rincones del Amparo. Silencio, silencio, silencio. Dios ha muerto. Puede que el hombre tema al silencio pues en el silencio habla Dios. Es la noche, ayuntamiento de cofradías, símbolos, silencios, cada uno con su son. Virgen de los Dolores, Virgen de la Soledad, mantos de estrellas que preludian la luz de la mañana. Lloro la dulzaina aquí en Santa María. El Cristo Yacente, en amorosas manos de cofrades, yace ya en su Sepulcro. Silencio. Hoy es Domingo y al alba de abril Cristo ha Resucitado. Campanadas de alegría en los campaniles de los campanarios. Triunfo por la cuesta de San Francisco. Aleluya. En el esfumato del horizonte Jesús se encuentra con su Madre por Iriepal, Valdenoches, Taracena y Usanos. Aleluya. En esta Semana se han invertido todas las rosas de los vientos: la vida no ha sido camino hacia la muerte, sino la muerte preludio de la Vida. El sol está en el cenit brillando sobre Santa María, la de la Fuente, la Mayor.

Guadalajara vertebrada en cofradías en la Semana Santa, sale al encuentro de una parte de si misma. Nosotros, los cofrades, también lo hacemos buscándonos a nosotros mismos en los demás. Quiera Dios que nos encontremos y al encontrarnos nos encontremos con Él.

Pregonado en Santa María, Guadalajara, Abril de 2007